La Revolución vive

Por Carmen Luisa Hernández Loredo

En la Revolución se obra para ella. Desde Céspedes hasta Villena, desde Maceo hasta Guiteras, desde Frank hasta Los Cinco; desde siempre hasta Fidel, muchas vidas dan fe de ello.

La Revolución vive de vergüenzas como las de Ignacio. Sí, porque El Mayor lo supo cuando solo con ellas, y sus pocos hombres, podía seguir dando guerra desde la llanura camagüeyana; y el Comandante se lo gritó al mundo, desde el Malecón habanero, aquel 5 de agosto definitivo, cuando dijo que "un pueblo blandengue" no tiene derecho a una Revolución.

Una Revolución es un acto de esperanza en el mejoramiento humano, en el que muchos se han encomendado a sus santos, y las madres, las cubanas a las que tantos estandartes debemos levantarles, les han colgado medallas al cuello a sus hijos como resguardo.

La Revolución es sacrificio constante, es una vida de entregas, en la que toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz. Hecha por hombres, la Revolución Cubana, la definitiva, la de hoy, la de siempre, es un hombre: Fidel; y un pueblo: su pueblo.

Enero llega con la fuerza arrolladora de un hombre y su pueblo, un hombre que no duerme, que vela, que sigue el estudio constante al lado de Martí, que vigila la Maestra con el fusil al costado, que alerta desde las letras de su testamento político.

Noviembre hizo el parte aguas. A la vida, como a la Historia, se entra de frente, con la dignidad que dan la verdad y la justicia. Esas, están del lado de Fidel, aunque muchos se empeñen en remarcar sus manchas, sí, porque las tuvo como ser humano, y olviden la luz que supo sernos como el animal de galaxia que también fue durante 90 años de fidelidad a Cuba.

Por eso esperó 41 años para decirnos lo que era una Revolución, cuando ya podíamos verla curtida en su ejemplo y su savia, y nos lo aseguró un Primero de Mayo, la fecha más proletaria del calendario, porque mientras otros tienen que pelear ese día por sus derechos, y todos los demás, a nosotros, desde los niños hasta los ancianos, nos toca dar una batalla diferente: construir diariamente una Revolución.

Algo que va más allá de imprimir pancartas, de repetir un concepto, de memorizar oraciones. Ahora, que la caravana regresó a Santiago, nos corresponde poner la piel para seguir haciendo crecer la Revolución dentro de la Revolución en hechos y no en palabras, el mejor monumento posible a Fidel.

Enero llega para celebrar y agradecer su obra y su vida, para continuarlas. Él lo dijo, lo más difícil está por venir. Esta es una obra para sus hijos, para los valientes, para no poner rodilla en tierra, para no entregarla. Esta puede volver a ser una obra de machetes y de Sierra, pero nunca de traidores a Fidel.

Por eso la Revolución vive, porque late en un pueblo y en un hombre… y en eso no hay equivocación posible.

Pasaje a las memorias de mi abuela

Por Jorge Enrique Jerez Belisario

A quién no le gusta hablar con los abuelos. Los que tenemos el privilegio de tenerlos vivos muchas veces vamos en busca de un consejo o de un halago que nada más saben decir ellos; yo, además, voy en busca de sus historias, de su experiencia. Por ejemplo, mi abuela paterna por su edad tiene mucho que contar, ella me hace las historias una y otra vez, y yo las disfruto como nuevas, pues las habilidades que me ha creado el mejor oficio del mundo, el periodismo, me ayudan a encontrarles detalles novedosos.

Sus memorias son el mejor libro de Historia de Cuba que he leído, ella me narra que su padre era mayoral de la colonia cañera Pino 2, de la *Macareño Sugar Company*, y además, tenía tierras propias. En otras palabras, las tierras que no eran de él, estaban bajo su mando, y por si fuera poco, tenía una pequeña tienda, el único radio, el único refrigerador y el único teléfono de la zona.

Sin embargo, no pudo impedir que su hija mayor muriera de un aborto casero y tampoco le fue posible garantizar que sus siete hijos pasaran de cuarto grado; los varones, cuando arribaban a cierta edad no tenían otro futuro que trabajar en las tierras de la familia; y las hembras, a lo más que podían aspirar era a un curso de corte y costura. Dice mi abuela que cuando se aprendió la cartilla o abecedario, fue todo un acontecimiento, se pasaba las horas recitando Cristo, A, B, C, D.... y llegó a pensar que la palabra Cristo era una letra más.

Por otro lado, mi abuelo paterno era de una familia pobre, el plato constante en la mesa consistía en harina de maíz; un día se pusieron de suerte y con un dinero que se sacaron en la lotería pudo aprender a leer y a escribir, para luego suscribirse a un curso de los que hoy llamamos a distancia. Al concluir le recomendaron hacer las prácticas en el taller de la compañía azucarera.

Luego de mucho esperar, logró hablar con Mister Yanelone, dueño del central, que disfrutaba del llamado patio de los americanos, con piscina, campo de golf y todas las comodidades que tenían a costa de los cubanos, y su respuesta fue un no rotundo, porque según este señorón, allí solo podían entrar los hijos de los empleados yanquis. En ese momento, según sus palabras, mi abuelo entendió el por qué había que cambiar el país de una vez y por todas.

Y es que en los campos cubanos el 60 % del campesinado vivía en bohíos de techo de guano y piso de tierra. El 85 % de esas covachas solamente tenían una o dos piezas en las que debía hacinarse toda la familia para dormir, y carecían de agua corriente, de servicio sanitario; la luz era cosa de ciencia-ficción, al igual que los refrigeradores, de los cuales solo el 3 % de los hogares rurales cubanos disponía de alguno. La mortalidad infantil superaba los 60 fallecidos por cada mil nacidos vivos, y la esperanza de vida apenas llegaba a los 58 años.

Pero como dijo Carlos Puebla: "Aquí pensaban seguir ganando el ciento por ciento, con casas de apartamentos y echar al pueblo a sufrir... y en eso llegó Fidel. Se acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar…".

Sí, llegó la obra de la Revolución y el panorama cambió, no solo para Cuba, sino para el resto del continente y buena parte del mundo, como una vez pensó mi abuelo, de una vez y para siempre. Así Cubita la bella se convirtió en el faro que guió y guía a la izquierda del mundo. Fue así también cómo con una profunda Revolución cultural: la Revolución dentro de la Revolución, la Isla fue el primer país libre de analfabetismo en el hemisferio occidental.

Eliminó de sus campos y ciudades enfermedades curables que costaban la vida de unos cuantos; la mortalidad infantil descendió hasta niveles nunca vistos en todo el Tercer Mundo, y la esperanza de vida la tenemos por encima de 78 años; reformó la distribución de la tierra y entregó las casas a quienes las vivían; se nacionalizaron las empresas extranjeras que saqueaban la tierra cubana y se crearon los cimientos para un país diferente.

Fue entonces cuando lo vivido hasta ese momento por mis abuelos quedó solo allí, en sus memorias, esperando porque un nieto curioso revolviera el pasado.

Patria son tantas cosas bellas

Por Deneb González Méndez (Colaboradora)

El día 17 de enero del 2015, dejaron de rozar las ruedas del avión con el pavimento de la pista del aeropuerto Jose Martí. Ya sabía que no vería en mucho tiempo a mis padres ni a la tierra que me vio nacer. El avión se llevaba a algunos decididos a cambiar su vida para mejorar, llenos de miedo ante lo desconocido.

Aquellas líneas de Carli tenían un extraño sabor a melancolía, tristeza, añoranza. Nunca imaginé que aquel primo, ducho en tecnología e informática y alejado de las letras, escribiera de forma tan sincera y coherente sin dejar margen a posibles evaluaciones ortográficas o gramaticales.

Unos dirían "se quedó vacío"; otros "le salió del alma"; yo creo que se sintió hijo y cubano y como tal escribió, sin importar el océano y las diferencias que nos separan. Justo al año de su partida lo hallé diciendo que volvería sin ser Fidel y menos profeta.

Comprendí entonces que para amar a esta tierra y a los suyos no hay que tener los pies bien puestos en ella; basta sentirlos nuestros, llorar por sus reveses, gozar con sus triunfos. Pensé en los miles que aun lejos, en diversos rincones del mundo, dejan correr la cubanía por sus venas y extrañan a su gente; y en muchos de los de aquí cerquita que reniegan de lo que tienen por derecho.

Cuando se es cubano a todas, ni siquiera la "Coca-Cola del olvido" logra arrancar de raíz lo que desde pequeños conocemos. No se olvida jamás la pañoleta y el ¡Seremos como el Che!; los disfraces de Pilar y Meñique en La Edad de Oro de la escuela; el distintivo que acompaña el uniforme, los libros y libretas que a cambio solo exigen estudio; el sudor y sacrificio de mamá y papá presente en cada merienda; el ajiaco de la cuadra o el dominó con los vecinos.

Hace unos días, mientras hablábamos en clase sobre identidad, me preocupaba que muchos de los elementos que permitían a mi profe construir la suya, distaran tanto de los míos. Pocos significados tuvieron para mí la cantimplora, la *matrioska* o los cupones para comprar artículos de primera necesidad.

Pero la verdad es que, como yo, todos tienen algo que incorporar a ese saco sin fondo que es nuestra identidad como cubanos y que no deja nunca de llenarse. Sin embargo, me hubiese gustado, más que respetar, sentir e identificarme con cada uno de esos objetos, que si bien no constituyen mi pasado o presente, lo son para aquellos con los que comparto más que esta tierra.

Mi generación y otras más jóvenes no conocen esa parte de la historia que nuestros padres y abuelos atesoran. Para nosotros no existen recuerdos de los inicios de la Revolución, de los años '80 ni del período especial, pero en el hoy arrastramos los resultados de esas etapas que estaremos condenados a vivir nuevamente si no logramos acercarnos a esa Cuba que es una sola.

A Carli y a mí nos une, más que la sangre y los recuerdos de la infancia y la adolescencia, eso que llamamos Patria. Quizá no podamos definirla con esa genialidad de Martí cuando dijo que es humanidad, pero lo hacemos a nuestra manera, como lo hizo Rubén Blades en su canción:

Flor de barrio, hermanito/ Patria, son tantas cosas bellas/ Como aquel viejo árbol/ del que nos habla aquel poema/ Como el cariño que aun guardas/ después de muerta abuela.

Patria son tantas cosas bellas/ Son las paredes de un barrio/ Y en su esperanza morena/ Es lo que lleva en el alma/ todo aquel cuando se aleja/ Son los mártires que gritan/ bandera, bandera, bandera.

Adelante

Fundado el 12 de enero de 1959. Directora: Daicar Saladrigas González. Jefa de Información: Carmen Luisa Hernández Loredo. Jefa de Redacción: Yanexis Estrada Torres. Redacción: Cisneros No. 306. Teléfonos: 28-4432, 28-4630 y 28-5224. Correo electrónico: direccionadelante@enet.co.cu Internet: http://www.adelante.cu. Impreso en UEB Gráfica Holguín. Certificado NC ISO 9001:2008.